

Encuentro en la Niebla

Timothy Zahn

Los dos últimos saltos habían sido marginales, patinando el Starwayman directamente hacia el borde de espacio conocido e incluso un poco más allá. La teoría, al menos hasta donde la mente ofuscada en fatiga de Booster Terrik podía recordar, era que ningún comandante estaría lo suficientemente loco como para arriesgar un Destructor Estelar clase Victoria persiguiendo a un contrabandista don nadie dentro de territorio no cartografiado.

Hasta ahora la teoría no había funcionado. Tal vez el tercer intento sería el talismán que tan desesperadamente necesitaban.

O tal vez el tercer intento sacaría al Starwayman del hiperespacio en el momento justo para hacerse pedazos sobre una masa del tamaño de un planeta. Había razones por las que saltar a ciegas dentro del espacio desconocido era considerado una idea estúpida.

Al lado de Terrik, su socio Borloviano, Llollulion, dio un silbido de cinco escalas. —Sí, de acuerdo —dijo Terrik, agarrando las palancas del hiperimpulsor e intentando no pensar en el sistema estelar desconocido y sus masas desconocidas de tamaño planetario directamente delante de ellos—. Veamos si tal vez han sido lo suficientemente listos para rendirse esta vez.

Empujó hacia adelante las palancas, y el cielo moteado del hiperespacio se desvaneció en líneas estelares y luego en un cielo estrellado. Directamente delante, la estrella del sistema era un diminuto disco distante llameando con una luz blanco-amarillenta. Sujetándose, Terrik miró con atención en la pantalla de popa:

Y con un parpadeo de pseudomovimiento, el Destructor Estelar apareció detrás de ellos. Terrik suspiró, demasiado exhausto incluso para maldecir. Así que eso era todo. No podría perder al Destructor Estelar, no lo podría rebasar, y tan seguro como que existían los mynocks, no podría vencerle... Las opciones se habían reducido a rendirse, o ser reducidos a átomos.

Sólo podía esperar que la última opción no fuese la única en la que el comandante de allí atrás estuviera interesado.

Llollulion dio un gorjeo repentino de tres escalas. —Estás bromeando. —Terrik frunció el ceño, girándose para mirar—. ¿Dónde?

Llollulion señaló fuera de la carlinga a la derecha con las plumas de su barba. Era un planeta, todo correcto: tamaño adecuado, suficientemente cerca de su sol primario para una temperatura adecuada, su borde borroso, evidencia de una atmósfera razonablemente gruesa.

Y estaba a apenas diez minutos de vuelo a toda potencia.

Llollulion trino otra vez. —Así es, socio, —coincidió Terrik, dando potencia a los motores

sublumínicos y girando el Starwayman hacia estribor. No podrían escapar, dejar atrás, o vencer a sus perseguidores.

Quizá pudiesen esconderse de ellos.

—El objetivo ha cambiado el rumbo, Capitán —llamó una voz desde el foso de la tripulación—. Se están escapando hacia ese planeta.

—Entendido —dijo el Capitán Voss Parck a través de sus apretados dientes mientras veía a su presa esforzándose por descender al planeta. Por supuesto los contrabandistas partían rumbo al planeta —¿qué otras opciones tenían? Había anticipado este movimiento desde el momento en el que el *Strikefast* había salido de hiperespacio, y ya había dado órdenes para contrarrestarlo.

Órdenes que inexplicablemente aún no habían sido efectuadas. —Teniente, ¿qué está reteniendo a esos cazas TIE?

—El Control del hangar comunica que están teniendo problemas para soltarlos de sus soportes, señor, —dijo el oficial—. Tienen dos libres, pero el resto-

— ¿Tienen dos libres? —le cortó Parck—. ¿A qué están esperando? ¡Láncenlos!

—Sí, señor.

Parck caminó impetuosamente por el corredor, maldiciendo cruelmente bajo su respiración. Entre los técnicos con la cabeza en las nubes que insistían continuamente en rediseñar equipo perfectamente funcional y los oficiales atados a las normas, que no tenían el cerebro para modificar el procedimiento estándar de lanzamiento cuándo era necesario, la Flota entera se deslizaba directamente a los tubos del depósito de basura.

Pero eso cambiaría pronto. Apenas una semana antes las noticias habían llegado al Borde Exterior que el Presidente Palpatine se había declarado a sí mismo Emperador del Imperio recién reestructurado, y personalmente se había comprometido a hacerse cargo de este desorden. Algunos de los oficiales de mayor rango de la Flota ya habían quedado gravados expresando sus reservas acerca de toda la situación; Por su cuenta, Parck no tenía ninguna duda de que Palpatine y su política visionaria pronto pondría las cosas en forma.

Un movimiento fuera del arco del estribor atrajo su atención: Los dos cazas TIE, finalmente dirigiéndose hacia su persecución tardía de los contrabandistas. Miró hacia atrás a la nave presa, hizo un rápido cálculo mental.

—Dígale al Control del hangar que ponga el resto de esos cazas en el espacio, —ordenó al oficial de comunicaciones—. La presa va a conseguirlo antes de que estos dos la atrapen. Vamos a tener que ahumarlos.

Pero no los ahumaría. Esa nave llevaba una carga, que él sospechaba que era para uno de los pequeños pero ruidosos grupos de resistencia que habían estado surgiendo últimamente en contra del Nuevo Orden de Palpatine. La posición de ese grupo sería un buen premio para presentar al nuevo Emperador... y él y el *Strikefast* no habían venido hasta aquí, dentro de Espacio Desconocido, sólo para perder ese premio.

Estaban en la parte alta de la atmósfera, buscando un buen lugar para esconderse, cuándo Lloallulion comenzó a recibir las emisiones de energía.

—Uh-oh, —murmuró Terrik, lanzando una rápida mirada a la pantalla mientras luchaba con los controles en contra del golpeteo atmosférico. Era una fuente de energía, de acuerdo, situada en mitad de un bosque ecuatorial a un cuarto del camino del horizonte planetario—. Nada bien. Doble nada bien.

Llollulion multitrinó una pregunta. —Porque es justamente el tamaño correcto para un generador de energía de una base pequeña, por eso, —le dijo Terrik—. Aquí afuera en medio de la nada, eso significa que o es una base contrabandista o una base pirata. O tal vez incluso un pequeño puesto exploratorio de la Flota. Independientemente, no es nadie que se alegre de vernos.

Aun así... Terrik se mordió pensativamente el labio. Esos dos cazas detrás de ellos se acercaban cada vez más minuto a minuto; Aunque dirigiese al Starwayman a tierra ahora mismo podrían fijar el blanco en la central de energía de la nave antes de que pudiese apagarlo todo. Pero si se dirigía más allá de la otra fuente de energía primero, había una oportunidad que frustraría los sensores de los perseguidores lo suficiente para dejarle escabullirse sin que su aterrizaje fuese localizado.

Valía la pena intentarlo, de todas formas. —Aguenta, estoy cambiando el rumbo, —le avisó a Llollulion, lanzando el Starwayman en un deslizamiento plano lateral—. ¿Tienes ya la triada en línea?

El Borlovian trinó un *afirmativo*. —De acuerdo —dijo Terrik—. Tan pronto como esos cazas se pongan a tiro, mira lo que puedes hacer para eliminarlos.

Habían alcanzado el bosque y volaban sobre las copas de los árboles cuando Llollulion intervino con la tríada láser del Starwayman; Y enseguida fue obvio que los cazas TIE perseguidores no habían pasado el suficiente tiempo en el entrenamiento de combate atmosférico. Media docena de intercambios de intenso fuego láser, y Llollulion trinó un silbido de siete escalas de triunfo.

—Sí, genial —gruñó Terrik, sintiendo una gota de sudor rodar por su mejilla mientras se inclinaba sobre los controles. Uno de los cazas TIE era ya una masa resplandeciente de escombros en el bosque detrás, lejos de ellos, y el otro estaba girando fuera de control unos cien metros a estribor, dirigiéndose rápidamente hacia abajo, hacia el mismo olvido.

Pero el Starwayman había recibido algunos daños, también, y estaban casi en la fuente de energía desconocida justo delante. Los habitantes habrían sido alertados seguramente de las naves entrantes a estas alturas. Si no estaban interesados en recibir compañía...

El segundo caza TIE desapareció entre los árboles con un choque tremendo; Y un instante después, el Starwayman era disparado sobre un pequeño claro. Terrik vio momentáneamente una sola casa pequeña, algo que le pareció un cobertizo de almacenamiento a un lado y un par de cajas metálicas grandes en el otro Y entonces lo pasaron, otra vez sobre el bosque y dirigiéndose hacia una línea de acantilados a una corta distancia. Llollulion trinó urgentemente. —Dame un segundo, ¿de acuerdo? —gruñó Terrik hacia atrás, lanzando al Starwayman bruscamente a la izquierda —. No me he olvidado que vamos a aterrizar. ¿Qué, quieres que aterrice justo al lado de ese lugar, allí atrás?

Llollulion se apaciguó, gruñendo audiblemente para sí mismo. Pero a Terrik no le importó.

El truco había surtido efecto —tal vez— y eso era todo lo que contaba.

El Starwayman estaba en una de las cuevas del acantilado, oculto a la vista y apagado, antes de que la siguiente ola de cazas TIE pasara sobre sus cabezas.

—Estas no son —la voz del Capitán Parck entró misteriosamente en las orejas de Coronel Mosh Barris— precisamente las noticias que quería escuchar, Coronel. ¿Está completamente seguro de esto?

—Sí, señor —dijo Barris, contemplando las altas cajas rectangulares que se alzaban al lado de la casa que habían encontrado en el claro, con un sabor agrio en su boca. —Sólo las marcas en los generadores de energía dicen suficiente— nuestro droide traductor 3PO nunca había visto nada parecido.

—Eso no prueba nada necesariamente, —persistió Parck—. Estos bordes más cercanos del Espacio Desconocido seguramente han sido penetrados por comerciantes ocasionales o contrabandistas. Ésta fácilmente podría ser la casa o el retiro de alguien como un humano o un alienígena conocido, quien justamente acertó a recoger a un par a lo largo de su ruta.

—Eso es posible, señor, —dijo Barris—. Pero creo que improbable. Los edificios mismos parecen haber sido contruidos con materiales no locales, pero un buen número de los contenidos son también de origen desconocido. Mi suposición es que estamos viendo el superviviente de una nave estrellada.

—Que luego se alejó a alguna parte y murió —Parck se quejó.

—Eso si no corrió cuándo nos oyó llegar, —dijo Barris—. No podemos decir cuánto tiempo ha estado desierto el lugar. De cualquier manera, nos quedamos con el hecho de que definitivamente es un campamento alienígena.

Hubo un siseo débil de un suspiro en las orejas de Barris. Un suspiro, y el indicio de una maldición bajo eso. —Y por consiguiente atascados con las ordenes UAE.

—Sí, señor —Barris estuvo de acuerdo, secundando silenciosamente la maldición del capitán. La sección Encuentros con Alienígenas Desconocidos de las órdenes de a pie, eran una reliquia de los días de gloria de la República, cuándo una nueva especie alienígena estaba siendo descubierta cada semana y el Senado se afanaba demasiado en su ansia de otorgar plenos privilegios de membresía a cada criatura peluda o cubierta de tentáculos con la que un Acorazado o un crucero Carrack tropezara. La Flota moderna no tenía asuntos manejando tales tareas, y menos interés en hacerlo, y el Alto Mando lo había dicho repetidamente.

Barris había oído rumores de que Emperador Palpatine había asegurado en privado al Alto Mando que el peso de las anticuadas órdenes de contacto pronto sería abolido.

Pero por el momento todavía estaban en vigor, y muchos más Senadores las apoyaban. Lo que significaba que no había nada que hacer sino obedecerlas.

—Muy bien —Parck gruñó—. Parece que van a pasar al menos una noche allí abajo, será mejor que sus hombres se pongan cómodos. Reuniré un equipo de técnicos de análisis y los enviaré a echar un vistazo. Esté alerta por si su náfrago regresa.

—Lo haremos —le aseguró Barris—. ¿Qué pasa con los contrabandistas?

—Los cazas TIE aun los están buscando —dijo Parck—. Si no han localizado la nave para

cuando haya acabado allí, cambiaremos a una búsqueda por tierra.

— ¿Coronel Barris? —Una voz ansiosa entró en el circuito—. Soy el Teniente Kavren en el lugar de impacto del caza TIE justo al oeste del campamento. Siento interrumpir, señor, pero realmente pienso que debería ver esto.

Barris frunció el ceño a través del claro, hacia donde las luces del personal de búsqueda podían ser vistas ocasionalmente, iluminando zarcillos de niebla vespertina que comenzaba a flotar en el aire, a través de los árboles. Él no habría calificado a Kavren como un tipo excitable, pero había notado un desasosiego definido en la voz del hombre. —Allí estaré —dijo él—. ¿Con su permiso Capitán?

—Continúe, Coronel —dijo Parck—. Hablaremos más tarde.

La reflexión de las luces desde la niebla era de alguna manera engañosa, pero no era más que una caminata de tres minutos desde el borde del claro hasta la negra cuchillada donde el caza TIE había llameado hacia el suelo y hacia su muerte fogosa. Unos pocos segundos más en el aire, pensó Barris agriamente, y no habría quedado nada del campamento alienígena que pudieran estudiar. Una pena—.

Kavren y cuatro soldados estaban esperando cuando Barris les alcanzó. La espalda del teniente estaba tiesa de manera poco natural; Las caras de los soldados estaban sombrías bajo los bordes de sus cascos negros. Yaciendo en la hierba a sus pies estaba la forma floja del piloto muerto del TIE, su traje de vuelo quemado y roto.

—Le encontramos aquí mismo, Coronel —dijo Kavren, gesticulando hacia el traje de vuelo—. Varios metros fuera de los escombros. Eche un vistazo.

Barris se arrodillo al lado del cuerpo. El casco había sido aflojado del cuello del traje de vuelo, y el largo cierre delantero estaba abierto. Y el traje de vuelo relleno con- — ¿Qué demonios-? —demandó, mirándolo con el ceño fruncido.

—Es hierba, señor —confirmó Kavren, con un estremecimiento leve en su voz—. Hierba, hojas, y un montón de esas bayas rojas olorosas. Y eso es todo. El cuerpo ha desaparecido.

Barris miró a su alrededor en los árboles y los zarcillos de niebla flotando entre ellos en la suave brisa, con un nudo en el estómago. — ¿Le han buscado?

—Todavía no, señor —dijo Kavren—. Pensé que sería mejor alertarle primero. Si hay salvajes en el área...

No terminó la frase, pero realmente no fue necesario. Como la mayoría de oficiales del Flota, Barris había tenido su parte de enfrentamientos con salvajes nativos. — ¿Mayor Wyan? —llamó en su comunicador, enderezándose—. Aquí el Coronel Barris.

—Sí, Coronel —la voz del comandante entró en sus orejas.

—Quiero un perímetro de tropas colocado alrededor del campamento inmediatamente —ordenó Barris. Algo fuera de lugar en la base de un arbusto atrapó su atención, y avanzó para tener una mejor visión. Era la mochila de supervivencia del caza TIE, abierta—. Tenemos que sacar a los salvajes nativos fuera de aquí.

—Entendido —dijo Wyan, su voz repentinamente enérgica y profesional. Había tenido experiencia con salvajes nativos, también—. Hay un transporte de tropas casi listo para dejar al Strikefast; Les llamaré y les pediré que pongan otro escuadrón de soldados a bordo.

—Mejor que sea un pelotón —le dijo Barris, agachándose al lado de la mochila de supervivencia y abriéndola—. Parece que se han hecho con el blaster del piloto, los paquetes de energía de repuesto, y las granadas de impacto.

—Estupendo —gruñó Wyan—. Primitivos con armas. Precisamente lo que necesitamos.

—Tal vez sean lo suficientemente considerados como para hacerse pedazos a sí mismos antes de que se acerquen a nosotros —dijo Barris, recogiendo la mochila y levantándose de nuevo.

—Siempre podemos tener esperanza, señor. —Wyan estuvo de acuerdo—. Empezaré con los procedimientos de seguridad de inmediato.

—Bien. Barris fuera. —Barris volvió hacia atrás, hacia el grupo de soldados y tedió la mochila de supervivencia recuperada a Kavren—. Quiero el traje de vuelo y sus contenidos de vuelta al campamento para su estudio, Teniente. Después lleve a algunos soldados y empiece investigando el área. Quiero encontrar el cuerpo del piloto.

—Señor —dijo el Mayor Wyan, aproximándose a la mesa de examen y cuadrándose brevemente en un saludo—. El perímetro de seguridad está en posición.

—Bien —dijo Barris, mirando a través del techo del dosel transparente hacia el cielo. A tiempo, también. Era plena noche, y con el anochecer inevitablemente venían depredadores nocturnos. Sin mencionar nativos poco amistosos—. ¿Alguna noticia del equipo de búsqueda?

—Todavía ningún rastro del cuerpo del piloto —dijo Wyan—. Han encontrado un montón de pedazos y piezas de la mochila de supervivencia, sin embargo, estaban dispersos como si los animales hubieran estado con ello. Tal vez nuestros primitivos sólo lo hicieron trizas sin quedarse realmente nada.

—Tal vez —dijo Barris—. Pero hasta que encontremos realmente ese blaster, sugiero que continúe asumiendo que alguien nos está apuntando.

—Sí, señor. —Wyan gesticuló en la mesa—. ¿Así que eso era lo que estaba en el traje de vuelo?

—Sí —dijo Barris, mirando a la colección de vida vegetal difundida sobre la mesa del examen y a los dos técnicos que seguían cribando a través de eso. Un aroma extraño empapaba el aire, probablemente de las bayas que habían sido aplastadas para el análisis—. Hasta ahora parece solamente hierba local, hojas y esas bayas. Algún tipo del ritual religioso, tal vez-

Y sin previo aviso, allí estaban el destello y el estruendo de una explosión tras ellos.

— ¡A cubierto! —gritó Barris, girando y agachándose mientras desenfundaba su blaster. A medio camino del borde del claro un parche de hierba fue abrasado por el incendio desatado por la explosión; más allá de eso, los soldados corrían hacia la parte más cercana de la línea de seguridad, con los blasters desenfundados y listos.

Alguien hizo parpadear un foco desde atrás de Barris, la luz brillante barriendo a través del

bosque y encendiendo los gruesos zarcillos de niebla que fluían entre los árboles. Barris siguió el punto de luz con sus ojos, agarrando su blaster con fuerza intentaba vislumbrar el enemigo que los atacaba- Y fue lanzado al suelo cuando una segunda explosión vino prácticamente de detrás de él.

— ¡Coronel! —oyó que Wyan gritaba a través del pitido en sus oídos.

—Estoy bien —gritó Barris en respuesta, retorciéndose sobre su estómago. Un golpe magistralmente directo: La colección de hierbas y hojas en la mesa de examen estaba ardiendo brillantemente, la mesa misma estaba notablemente ladeada por la explosión. En el suelo, detrás de eso, los dos técnicos estaban tendidos sobre sus estómagos, haciendo lo mejor posible para introducirse en la hierba.

El canal general del comunicador había cobrado vida con informaciones y órdenes concisas. Barris se mantuvo fuera de eso, quedándose donde estaba y sujetándose para la tercera explosión inevitable.

Pero lo inevitable no ocurrió. —Los soldados han inspeccionado todo el perímetro —informó Wyan un minuto más tarde, gateando más cerca del lado de Barris—. Están haciendo una búsqueda completa de los primeros veinte metros de bosque, pero hasta ahora no hay nada. Quienquiera que fueran, parece que se han ido.

—Considerando que aparentemente nadie vio nada la primera vez, el hecho de que no ven nada ahora no es muy tranquilizante —replicó Barris, poniéndose en pie con cuidado y sacudiéndose con su mano libre.

—Se está poniendo bastante brumoso allí afuera —dijo Wyan—. Hace que la visibilidad sea escasa.

—Nuestros nativos no parecen estar teniendo ningún problema con eso —dijo Barris con crueldad—. ¿Qué diablos fueron esas explosiones, de todos modos? No fueron lo suficientemente poderosas para ser granadas de impacto.

—Estoy de acuerdo, señor —dijo Wyan—. Mi suposición es que fueron células de energía de blaster con las clavijas de sobrecarga arrancadas.

Un sentimiento extraño tembló hacia abajo por la espalda de Barris. —Eso no suena como algo que los salvajes podrían imaginarse —dijo.

—Lo sé —estuvo de acuerdo Wyan. — ¿Supone que nuestro alienígena ha regresado?

Barris se quedó con la mirada fija en la oscuridad del bosque. —O si no, lo han hecho nuestros contrabandistas.

—Mm —dijo Wyan atentamente—. ¿Cree que tratan de ahuyentarnos?

—O que corramos en círculos. —Barris reguló su comunicador del casco para largo alcance—. Strikefast, Aquí el Coronel Barris.

—Aquí el Capitán Parck —la voz de Parck llegó inmediatamente—. ¿Qué está ocurriendo allá abajo?

—Fuimos atacados —le dijo Barris—. Dos explosiones en el campamento, ninguna causó daño

significativo.

— ¿Los atacantes?—

—Ni rastro de ellos hasta ahora. Aún estamos buscando.

—Tal vez lanzaron los explosivos desde lejos en una trayectoria elevada —dijo Parck—. Haré que un ala de cazas TIE haga una pasada. Esté preparado

Barris apagó el comunicador y volvió a la mesa del examen. Sí; alguna clase de catapulta potente, disparada desde más allá del perímetro de seguridad. Eso explicaría que nadie hubiese visto nada.

Se detuvo, contemplando las tiras del desgarrado dosel, ondeando suavemente en la brisa. No, eso no funcionaba. Cualquier cosa viniendo desde arriba habría tenido que pasar a través del dosel antes de golpear la mesa. No pudo haber hecho eso sin que hubiesen oído algo. ¿No?

Algo se movió en el borde del campo visual de Barris. Desenfundó bruscamente su blaster, pero sólo era alguna pequeña criatura escurriéndose a través del claro.

— ¿Mayor Wyan? —llamó.

— ¿Sí, Coronel? —dijo Wyan, caminando alrededor del morro del transporte de tropas.

—Coloque algunos focos arriba, —ordenó Barris, señalando hacia los árboles—. Quiero el todo el borde del bosque iluminado como el interior de una chispa- eso debería ayudar a disipar algo de esta niebla. También, afine la pantalla del sensor del hemisferio. No quiero más explosivos llegando sin que al menos sepamos que vienen.

La respuesta de Wyan se perdió en el rugido repentino cuando un par de cazas TIE pasó como un rayo sobre las copas de los árboles. — ¿Qué? —preguntó Barris.

—Decía que hay muchas aves y cosas del tamaño de un ave volando alrededor —repitió Wyan—. También pequeños animales terrestres, casi me torcí un tobillo pisando uno hace un minuto. Si afinamos la pantalla demasiado, tendremos alarmas activándose toda la noche.

Barris hizo una mueca; Pero el mayor estaba en lo correcto. —Bien, entonces olvídense del afinamiento —gruñó. —Solamente coloque esas luces-

Y de repente, directamente delante, los árboles próximos fueron dibujados por una bola de fuego haciendo erupción en el bosque a lo lejos. — ¿Qué dem-? —ladró Wyan.

—¡Choque de cazas TIE! —contestó Barris, encendiendo su comunicador desenfrenadamente. — ¡Equipo de choque al transporte de tropas —ahora!

Apagó su comunicador, y estaba empezando a maldecir, cuándo el trueno distante del choque pasó a través del campamento.

— ¿Tiene alguna idea de qué lo derribó? —preguntó la voz de Parck en las orejas de Barris.

—Todavía no, señor —dijo Barris, su estómago agitándose con una cólera hirviente—. El equipo de emergencia regresaba con la varilla de grabación del caza. Y el cuerpo del piloto.

Parck dijo algo bajo su respiración. —Por lo menos lograron llegar antes de que los nativos tuviesen tiempo de robarlo.

—No, señor, no alcanzaron el cuerpo —dijo Barris—. Pero tuvieron tiempo de registrar de arriba abajo su mochila de supervivencia otra vez. El equipo de emergencia la encontró forzada y su contenido esparcido por todas partes, como la última vez.

—¿Y ningún signo del blaster, células de energía, o granadas de impacto?

—No, señor. —Por un momento hubo silencio en el canal, y Barris se encontró contemplando el bosque a través del campamento. Los reflectores que había encargado habían sido colocados justamente dentro del claro, bañando el bosque en resplandor. Los insectos y las aves nocturnas abundaban y zumbaban a través del área, claramente confundidos por la luz del día artificial, los de mayor tamaño lanzando sombras veloces contra los árboles.

—Usted es el hombre en escena, Coronel —dijo Parck por fin—. Pero en mi opinión, esto ha ido más allá de nativos volviéndose una molestia. ¿Está seguro que los contrabandistas no están involucrados?

—Eso me pregunto yo, Capitán —dijo Barris—. Puede ser que haya algo cerca que no quieren que encontremos y están tratando de arrinconarnos aquí.

—Eso podría explicar los ataques —Parck estuvo de acuerdo—. ¿Qué hay acerca del traje de vuelo relleno de hierba?

—Probablemente una distracción —dijo Barris—. Algo para convencernos de que sólo estábamos tratando con nativos primitivos.

—A menos que estemos tratando con ambos, contrabandistas y primitivos —sugirió Parck—. Eso podría- un minuto —se interrumpió a sí mismo—. ¿Coronel, examinó el traje de vuelo?

—Yo- —Barris frunció el ceño—. Ahora que lo menciona, señor, creo que no. Estábamos más interesados en—

—Vaya a mirarlo ahora —le cortó Parck—. Concretamente, compruebe si el comunicador ha sido quitado del casco.

Tomó un par de minutos encontrar dónde habían almacenado los técnicos el traje. Llevó diez segundos más confirmar que de hecho el comunicador faltaba.

—Pequeñas serpientes inteligentes —murmuró Parck cuando Barris le hubo dado las noticias—. Uno incluso podría decir inspiradas. ¿Qué hay acerca del segundo traje de vuelo, el que acaban de traer de vuelta al campamento?

—Está siendo comprobado ahora —le dijo Barris, mirando hacia donde el Mayor Wyan y uno de los soldados estaban sobre eso—. ¿Mayor?

—El comunicador sigue aquí —confirmó Wyan—. No han debido de tener tiempo de quitarlo.

—O decidieron no molestarse —señaló Barris—. Podrían estar oyendo a escondidas nuestras comunicaciones.

—No por mucho tiempo —dijo Parck con una mueca de satisfacción—. He ordenado que desconecten el circuito en el que está ese comunicador.

—Sí, señor —dijo Barris, sobresaltándose. Era suficientemente malo que los contrabandistas hubiesen llegado tal lejos con su robo. Pero que su comandante fuese el que lo pusiese al tanto...—. Aún deben estar en la zona. Organizaré algunas patrullas y trataré de hacerles salir.

—Eso puede esperar, Coronel —dijo Parck—. De hecho, preferiría que se quedara quieto hasta las primeras luces. Sus sensores se verán limitados en el bosque, y no tiene sentido exponer a sus hombres a una emboscada en la oscuridad.

—Como desee, Capitán —dijo Barris, sintiendo arder su cara.

—Bien —dijo Parck—. Hablaremos más por la mañana. Buenas noches, Coronel. Permanezca alerta.

—Sí, Señor —dijo Barris entre sus apretados dientes—. Buenas noches, Capitán.

Apagó el comunicador. —No parece que el Capitán tenga una opinión muy alta de nuestros soldados —dijo el Mayor Wyan, llegando a su lado...

— ¿Puede culparle? —replicó Barris.

—Dadas las circunstancias, supongo que no —concedió Wyan—. ¿Y ahora qué?

—Haremos que nuestros amigos contrabandistas se arrepientan de haberse enredado con nosotros —gruñó Barris—. Lo primero que quiero que haga es comprobar dos veces el perímetro de seguridad otra vez- no quiero nada más llegando esta noche.

—Sí, señor. ¿Y después?

Barris miró al bosque brillantemente iluminado, una oleada fresca de cólera se mezclaba con humillación en su estómago. Ningún contrabandista iba a dejarle en ridículo. O si lo hacía, no iba a vivir para disfrutarlo. —Después, usted y yo vamos a sentarnos con los mapas de reconocimiento aéreo, los datos de largo alcance rastreados por el Strikefast, y cualquier otra cosa que podemos poner en nuestras manos. Y vamos a imaginar cómo encontrar a esos contrabandistas.

Casi inaudible sobre las ocupadas vibraciones de los insectos, otra explosión distante fue a la deriva lentamente en la brisa fresca de noche. Terrik hizo una pausa en su trabajo, dirigiendo una oreja hacia la boca de la caverna y escuchando intensamente. Era la cuarta explosión en las últimas cinco horas, por su cuenta, sin contar esa nave estrellada poco después de la puesta de sol. Ninguna de las explosiones había sonado tan cerca de ellos como la primera.

Eran los Imperiales, por supuesto. ¿Pero a qué demonios estaban jugando?

Una sombra se movió silenciosamente contra de la luz de las estrellas a través de la boca de la cueva. Reflexivamente, Terrik trató de alcanzar su blaster; relajándose cuando vio que sólo era Lllollulion. — ¿Has visto algo? —preguntó suavemente.

El silbido de cinco escalas del Borloviano fue igualmente suave, y tan negativo como cada una de las veces anteriores. —Ya sabes, esto no tiene ningún sentido —se quejó Terrik, caminando al lado de su socio y mirando fijamente al bosque nublado de abajo—. No hay suficientes explosiones para ser una dispersión de impacto. Pero demasiadas para ser soldados nerviosos lanzando granadas a las sombras de los otros.

Durante un minuto largo sólo se escuchó el sonido de los insectos. Terrik tensó sus orejas, pero no hubo más explosiones. Y entonces, casi como quien no quiere la cosa, Llollulion hizo una sugerencia. —Oh, vamos —se mofó Terrik—. Eso era definitivamente la casa de un solo hombre -dos hombres como mucho. ¿Quién en la galaxia estaría tan chiflado como para encargarse de un par de transportes de tropas Imperiales por sí mismo?

Aun así, ahora que lo pensaba, el sonido de esas explosiones parecía provenir más o menos de la dirección del asentamiento que habían sobrevolado. Y las emanaciones de energía que habían recogido, habían insinuado que el lugar estaba actualmente ocupado. Así que, ¿Quién en la galaxia estaría tan chiflado como para encargarse de todos esos Imperiales por sí mismo?

Llollulion trino otra vez. —De acuerdo, así que un par de Crintilianos podrían tener posibilidades como esas para proteger su territorio —gruñó Terrik—. No trates de decirme que a los Imperiales les llevaría cuatro granadas tratar con dos Crintilianos.

Otra explosión apagada fue a la deriva en la brisa. —Cinco granadas —corrigió Terrik—. De cualquier manera, no es asunto nuestro.

Llollulion dio un silbido de seis escalas- —he dicho que no es asunto nuestro —insistió Terrik—. ¿Quieres esquivar un par de escuadrones de soldados Imperiales y tratar de contactar con quienquiera que esté allí afuera?, adelante. Yo, voy a quedarme aquí mismo.

El Borloviano alzó su cabeza por la sorpresa, sus plumas de la barba se tensaron. —No me mires así —respondió Terrik—. No tengo nada en contra de hacer aliados cuando nos aporta algo. Sólo que esta vez, no aporta nada. Estamos en el Espacio Desconocido, ¿recuerdas? Las probabilidades son que éste sea un alienígena desconocido a quien no podríamos ni hablar. ¿Y si pudiésemos, quién dice que querría unir fuerzas?

Terrik se dio la vuelta y se giró hacia el Starwayman. —Además —dijo sobre su hombro—, todo lo que realmente queremos de un aliado ahora mismo es que mantenga a los Imperiales ocupados. Y ya lo está haciendo. Dejémosle sólo, y pongamos este cubo de tornillos en condiciones de volar otra vez.

Tuvieron cinco bajas entre los soldados del perímetro de seguridad esa noche. Tres de ellos habían muerto por la mano del enemigo nunca visto, sus pechos o sus cabezas voladas por granadas de contacto. Nadie había visto nada, ni antes de los ataques ni después. Las otras dos bajas habían recibido disparos accidentalmente por sus nerviosos colegas, quienes los habían confundido por intrusos en la oscuridad brumosa.

Y cuando el amanecer comenzó a alumbrar el cielo, Barris había tenido bastante.

—Sugiero que trate de calmarse, Coronel —dijo Parck, su voz enloquecedoramente calmada—. Sé que ha sido una mala noche para usted-

—Señor, he perdido a cinco hombres esta noche —le cortó Barris severamente. No fue la forma más correcta de hablar a un oficial de mayor rango; Pero Barris no se sentía especialmente correcto

por el momento—. Eso sin contar los pilotos de tres TIES y los cazas que perdimos ayer por la tarde. Recomendando encarecidamente que abandonemos este sitio y regresemos al Strikefast. Y que luego incendiemos el bosque entero desde la órbita.

—Está cansado, Coronel —dijo Parck. Su voz todavía estaba calmada, pero de repente tuvo un filo—. Además no está pensando correctamente. Matar a los contrabandistas no nos dará la posición de ese grupo de resistencia que estamos buscando. ¿Creé que un carguero quemado sería un premio apropiado para llevarle al Emperador Palpatine?

—No estoy interesado en premios, Capitán —dijo Barris tensamente—. Estoy interesado en no malgastar ninguno más de mis hombres.

—Usted no tendrá que malgastarlos —dijo Parck—. Un transporte de tropas está en camino con dos escuadrones de mis soldados de asalto. Relevarán a sus soldados.

—Ya han llegado —gruñó Barris, mirando a través del claro hacia donde el último de los anónimos soldados de asalto, de armaduras blancas desaparecía en el bosque. Su presencia no requerida era un insulto patente para la calidad de los propios soldados de Barris; Por el momento, Barris no se preocupó por eso, tampoco—. Y si quiere mi opinión, señor, no creo que vayan a tener mejor suerte encontrando a los contrabandistas que la que tuvieron mis soldados. Ahumarlos desde la órbita es nuestra mejor opción.

—Tendré su recomendación en mente, Coronel —dijo Parck con su voz fría. Mientras tanto, sugiero que descanse. Los soldados de asalto pueden manejar el asunto desde ahora-

Y sin previo aviso, la voz de Parck se disolvió en un rugido de estática.

Barris pulsó en el control del comunicador y la estática se cortó completamente, dejando sus orejas zumbando dolorosamente. —Alerta máxima —gritó, cogiendo su blaster y corriendo hacia el perímetro de seguridad—. Todos los soldados, alerta máxima. Mayor Wyan, ¿dónde está?

—Aquí, señor —dijo Wyan, entrando a través del claro desde perímetro a la derecha de Barris—. Todos los canales de comunicación están apagados.

—Lo sé —rechinó Barris—. Basta ya. Hay dieciocho soldados de asalto golpeando los arbustos allí- mande algunos soldados para que los traigan de vuelta. Salimos de aquí.

La boca de Wyan se abrió un poco involuntariamente. — ¿Nos vamos, Señor?

—Sí —contestó Barris—. ¿Alguna objeción?

El labio del comandante se crispó. Quizá había estado escuchando con atención la conversación entre Barris y el Capitán Parck. —No, señor, ninguna objeción. ¿Qué pasa con eso? —Señaló con el pulgar hacia el campamento alienígena.

Un campamento que no habían podido estudiar; y había idealistas de alta posición en el Senado que probablemente crearían problemas si se iban de aquí sin un completo examen.

Pero había una respuesta para eso, también. —Lo llevaremos con nosotros —dijo Barris.

La boca Wyan descendió otro par de milímetros. — ¿Que haremos qué?

—He dicho que lo llevaremos con nosotros —repitió Barris impacientemente.
—Hay suficiente espacio en el transporte para todo eso. Diga a los técnicos que saquen las grúas de carga pesada y se ocupen de ello- quiero todo a bordo en media hora. ¡Muévase!

Wyan tragó visiblemente. —Sí, señor —dijo, y se dirigió hacia la casa alienígena a trote enérgico.

Cautelosamente, Barris probó el comunicador. Pero estaba todavía cubierto por interferencias de estática, y con una maldición lo desconectó otra vez.

Con una maldición, y una sensación dolorosamente apretada en su estómago. Había solo una razón para bloquear sus comunicaciones: después del tiroteo de la noche previa, el enemigo nunca visto estaba preparándose para emprender un ataque mayor. Dando un paso dentro de la cobertura parcial de uno de los transportes de tropas, asegurándose que estaba dentro del campo de tiro del campamento Imperial entero, agarró bien su blaster y se preparó para batalla.

Pero otra vez, el enemigo rehusó a jugar según sus expectativas. Dentro de diez minutos el primero de los soldados de asalto comenzaría a resurgir del bosque en respuesta a las órdenes de los mensajeros de Barris. El bloqueo de comunicación continuó mientras el resto de Imperiales regresaban al acampamento, pero el ataque que Barris había anticipado nunca se materializó. Y dentro de su media hora acordada, el acampamento extranjero estaba empaquetado a bordo del transporte y ellos estaban listos para marcharse.

Excepto por una única y minúscula dificultad. Uno de los dieciocho soldados de asalto había desaparecido.

— ¿Qué quiere decir con desaparecido? —preguntó Barris mientras tres de los soldados de asalto se dirigían resueltamente hacia el bosque otra vez, cuatro de sus colegas tomando posiciones dentro del claro, justo detrás de ellos—. Pensé que ésta era la nueva élite de las nuevas Fuerzas Armadas de Palpatine. ¿Cómo puede perderse uno de ellos?

—No lo sé, señor —dijo Wyan, mirando alrededor—. Pero he llegado a la conclusión de que estaba en lo cierto. Cuanto antes nos vayamos de aquí, mejor.

Abruptamente, Barris tomó una decisión. Al infierno con los soldados de asalto -si querían ir a buscar más problemas, era asunto suyo. —Que todos los técnicos suban al transporte —ordenó a Wyan—. Los soldados les seguirán, en el orden estándar de retirada. Saldremos tan pronto como todo el mundo esté a bordo.

— ¿Qué pasa con los soldados de asalto? —preguntó Wyan.

—Cogerán el transporte de tropas en el que vinieron —dijo Barris—. Pueden quedarse atrás y apalea arbustos hasta que queden satisfechos.

Giró hacia el transporte que los técnicos habían acabado de cargar, divisó a uno de los soldados de asalto parado en guardia fuera de la escotilla. —Tu -soldado- dígle a su comandante-

Nunca terminó la frase. Sin previo aviso, el soldado de asalto se disolvió abruptamente en una explosión brillante.

Barris fue lanzado sobre el terreno en un instante, sus oídos doloridos por el sonido de la

explosión. — ¡Alerta! —gritó automáticamente, registrando el borde próximo del bosque por cualquier signo del atacante. Pero como siempre, no había nada. Un puñado de soldados -valientes o suicidas, Barris no estaba seguro de qué tipo eran- cargaron en esa dirección de todas formas. Para lo que serviría....

A su lado, Wyan maldijo repentina e impresionadamente. —Coronel, mire eso.

Barris giró sobre su estómago para mirar el transporte otra vez. El humo de la explosión estaba disipándose, mostrando que la propia nave había sufrido sólo daños menores. En su mayor estéticos, de hecho, y nada que interfiriese con operaciones lumínicas o la integridad del casco. Bajó su vista hasta la forma arrugada del soldado de asalto -y contuvo el aliento en estado de shock. La armadura, nunca más blanca, estaba desperdigada en pedazos y piezas en un pequeño radio alrededor del lugar donde el soldado de asalto había estado parado.

Eso era todo lo que quedaba de la armadura. El cuerpo en sí mismo había sido completamente desintegrado.

—No puedo creerlo —murmuró Wyan bajo su respiración—. Esa explosión no fue tan poderosa. ¿Cómo pudo destruir el cuerpo completamente?

—No lo sé —dijo Barris, poniéndose en pie—. Y por el momento, no me importa. Nos vamos de aquí. Ahora.

Encendió su comunicador, descubriendo que la interferencia había cesado finalmente.

—Aquí el Coronel Barris —dijo—. Que todas las tropas Imperiales regresen al campamento de inmediato y se preparen para la evacuación.

— ¿Señor? —murmuró Wyan, mirando fijamente hacia el bosque—. Parece que lo han encontrado.

Barris siguió su mirada. Emergiendo en el claro llegaban los tres soldados de asalto que habían ido a buscar a su camarada perdido... y ciertamente le habían encontrado. O al menos, lo que quedaba de él.

—El final perfecto para una perfecta misión —gruñó Barris—. Vamos, Mayor. Salgamos de aquí.

Barris había medio esperado que el transporte y los transportes de tropas fuesen atacados mientras ascendían desde el bosque y se dirigían hacia el cielo. Pero ningún misil o pulso láser les siguió, y pronto estaban otra vez a salvo en el hangar del Strikefast.

El Capitán Parck esperaba al lado del transporte cuando Barris emergió. —Coronel —inclinó la cabeza gravemente saludando—. No recuerdo haberle dado autorización para dejar su posición.

—No, señor, no lo hizo —dijo Barris, escuchando el cansancio en su propia voz—. Pero como usted mismo señaló anteriormente, era el comandante en escena. Hice lo que estimé mejor.

—Sí —murmuró Parck. Por un momento continuó mirando a Barris, entonces desvió su mirada hacia el transporte. A Barris le pareció que sus ojos se demoraban un momento en el daño menor causado por la imposible explosión que había desintegrado a aquel soldado de asalto...—. Bien, lo

hecho, hecho está. Me informaron de que subió el campamento alienígena con usted.

—Sí, señor —dijo Barris, frunciendo el ceño ligeramente mientras trataba de leer la expresión de su comandante. Había esperado que Parck estuviese enojado, o al menos deliberadamente disconforme con la actuación de los soldados. Pero en lugar de eso, parecía meramente pensativo—. ¿Quiere que me encargue de que los técnicos vuelvan a trabajar en esto?

—No hay prisa —dijo Parck—. Por ahora, todo el mundo debe dar parte en el interrogatorio. Esos ataques de contrabandistas fueron demasiado efectivos; quiero saber todo acerca de lo que sucedió allí abajo. —Fijó su mirada encima de Barris—. Por lo que respecta a usted, Coronel, quiero que me acompañe a mi oficina.

Así que iba a descargar el martillo en Barris en privado. Un favor pequeño, al menos. —Sí, señor —suspiró Barris.

Dejaron el hangar; pero para sorpresa de Barris no fueron a la oficina de Parck. En lugar de eso, el capitán le condujo hasta la torre de control del hangar, las luces de la cual habían sido oscurecidas inexplicablemente. — ¿Señor? —preguntó Barris mientras Parck se acercaba hasta la ventana de observación.

—Un experimento, Coronel —dijo Parck, gesticulando hacia el hombre en el tablero de mando—. Bien, baje las luces en el hangar.

Barris se colocó al lado de Parck mientras las luces fuera de la ventana de observación se desvanecían hasta niveles de noche. El transporte y los transportes de tropas que acababan de dejar eran claramente visibles, directamente debajo; más allá de ellos en el otro extremo de la bahía había tres lanzaderas de la clase Kappa y una nave mensajera Harbinger. No había nadie en ninguna parte. — ¿Qué clase de experimento? —preguntó Barris.

—La prueba de una teoría, en realidad —dijo Parck—. Póngase cómodo, Coronel. Podemos estar aquí un rato.

Habían estado allí casi dos horas cuando una figura oscura emergió a hurtadillas del transporte. Silenciosamente, cruzó el hangar oscurecido hacia las otras naves, aprovechándose de la escasa cobertura por el camino.

— ¿Quién es eso? —preguntó Barris, forzando la vista para tratar de penetrar en la luz tenue.

—La fuente de todos sus problemas en la superficie, Coronel —dijo Parck con obvia satisfacción—. A menos que me equivoque, ese es el alienígena cuyo hogar invadió.

Barris frunció el ceño. ¿Un alienígena? ¿Un alienígena? —Eso es imposible, señor —protestó—. Esos ataques no pudieron haber sido el trabajo de un solo alienígena.

—Bien, ya veremos si uno o dos más se unen a él —dijo Parck—. Si no, diría que fue él.

La figura oscura se había mudado a través del suelo hasta los otros barcos. Por un momento paró como si lo considerara. Entonces, deliberadamente, avanzó hacia la puerta de la lanzadera Kappa del medio y se deslizó dentro. —Parece que estaba solo, de hecho —dijo Parck, sacando un comunicador y encendiéndolo—. Bien, comandante, muevase. Está en la Kappa del medio. Gradúe todas las armas para aturdir: Le quiero vivo e ileso.

Después de todos los problemas que el alienígena le había creado al Coronel Barris en la superficie planetaria, Parck había esperado que opusiera una magnífica resistencia contra sus captores. Para su humilde sorpresa, el otro se rindió aparentemente al escuadrón de soldados de asalto sin ningún tipo de resistencia. Quizá fue cogido por sorpresa. Más probablemente, sabía cuando era inútil resistirse.

Lo que para la mente de Parck solamente hizo a la criatura mucho más intrigante. E hizo que el nebuloso plan que se formaba en lo profundo de su mente fuera mucho más factible.

Las luces del hangar habían vuelto a su intensidad normal cuando los soldados de asalto escoltaron al alienígena fuera de la lanzadera, y Parck se encontró mirando fijamente de fascinación como el prisionero era conducido hacia donde él y Barris esperaban. En general era muy humano en tamaño y constitución, sin embargo con algunas diferencias notables. Estaba vestido con lo que parecían ser pieles, aparentemente hechas de animales nativos del bosque donde había estado viviendo. Estaba en el centro de un cuadrado de soldados de asalto armados, y aun así tenía un aire de casi confianza regia sobre sí mientras caminaba.

—Mire eso —masculló Barris, con una nota de revulsión en su voz mientras señalaba al alienígena—. Me recuerda a esos sucios Jawas en Tatooine. Ya sabe -con esos-

—Tranquilo, Coronel —murmuró Parck mientras el alienígena y su escolta se pararon delante de él—. Bienvenido a bordo del Destructor Estelar clase Victoria Strikefast. ¿Habla usted básico?

Por un momento al forastero le pareció estudiarle. —Algo —dijo.

—Bien —dijo Parck—. Soy el Capitán Parck, comandante de esta nave.

Tranquilamente, el alienígena dejó vagar su mirada alrededor del hangar. No como un primitivo abrumado por el tamaño y la magnificencia del lugar, sino como otro militar evaluando las fuerzas de su enemigo. Y las debilidades. —Me llaman Mitth'raw'nuruodo —dijo, volviendo sus ojos hacia Parck.

—Mitth'raw'nuruodo —repitió Parck, intentando no deformar la palabra alienígena y no consiguiéndolo del todo—. Ante todo, quiero que sepa que no tuvimos la intención de entrometernos en su privacidad allá abajo. Estábamos persiguiendo contrabandistas, y nos encontramos con su casa. Una de nuestras ordenes vigentes es estudiar todas las especies desconocidos que nos encontremos.

—Sí —dijo Mitth'raw'nuruodo—. Eso dijeron también los comerciantes K'rell'n que contactaron primero con mi gente.

Parck frunció el ceño. ¿Comerciantes K'rell'n? —Quiere decir Corellianos —sugirió Barris.

—Ah —asintió Parck—. Por supuesto. Imagino que tratando con ellos es cómo aprendió básico.

—¿Qué quiere de mí? —preguntó Mitth'raw'nuruodo.

—¿Qué desea usted de nosotros? —contraatacó Parck—. Invirtió un gran esfuerzo para ocultar su incursión a bordo de esta nave. ¿Qué quiere lograr?

—Si tiene la intención de matarme, pediría que lo hiciera rápidamente —dijo Mitth'raw'nuruodo, ignorando la pregunta.

—No tenemos porque preguntarle —dijo Barris severamente—. Tenemos drogas y métodos para interrogar-

—Basta —dijo Parck, cortando el acalorado discurso de Barris alzando una mano...—. Tendrá que perdonar al Coronel Barris, Mitth'raw'nuruodo. Les tuvo dando vueltas en círculos a él y a sus soldados, y no está nada contento con eso.

El alienígena miró a Barris. —Fue necesario.

— ¿Por qué? —insistió Parck—. ¿Qué espera conseguir aquí?

—Regresar a casa.

— ¿Naufragó?—

—Fui exiliado.

La palabra pareció pender en el aire ahumado del hangar. — ¿Por qué? —preguntó Parck rompiendo el silencio.

—Los líderes y yo disentimos —dijo Mitth'raw'nuruodo.

Parck bufó bajo su respiración, pensando en algunos de los miembros más fuertes del Senado Imperial. —Sí, tenemos los mismos problemas con alguno de nuestros líderes —le dijo a Mitth'raw'nuruodo—. Quizá podríamos ayudarnos mutuamente.

Los ojos del forastero se estrecharon ligeramente. — ¿Cómo?

—Como ve, tenemos muchas naves. —dijo Parck, moviendo una mano alrededor del hangar—. No hay razón por la que no podamos proveerle de lo que necesita para llegar a casa.

— ¿A cambio de qué?—

—Se lo diré en un momento —dijo Parck—. Primero, sin embargo, me gustaría saber exactamente cómo fue capaz de manejar a todos esos soldados allí abajo.

—No fue difícil —dijo Mitth'raw'nuruodo, mirando a Barris otra vez—. Su nave espacial chocó cerca de mi lugar de exilio, y tuve tiempo de examinarla antes de que sus tropas llegaran. El piloto estaba muerto. Tomé su cuerpo y lo escondí fuera.

—Y llenó su traje de vuelo de hierba —continuó Barris—. Esperando que no nos fijásemos en que había cogido su comunicador.

—Y no lo hicieron —le recordó el alienígena serenamente—. Para mí era más importante que encontrara la situación intrigante o perturbadora, y que así llevase el traje y las bayas pyussh fermentadas de vuelta a su campamento.

— ¿Bayas fermentadas? —repitió Barris.

—Sí —dijo el alienígena—. Estando fermentadas y aplastadas, las bayas pyussh son un

atractivo fuerte para ciertos pequeños animales nocturnos.

—A los cuales había fajado las células de energía manipuladas del blaster —dijo Barris repentinamente—. Así es cómo los metió por nuestro perímetro de seguridad.

—Sí —dijo el alienígena con una inclinación de cabeza—. También fue así cómo atacé al soldado después. Usé una honda para tirar más bayas encima de su armadura, lo cual condujo a los animales hasta él.

—También fue usted el responsable del choque del caza TIE —Parck dijo—. Al menos, supongo que fue obra suya. ¿Cómo lo logró?

Mitth'raw'nuruodo se encogió de hombros lentamente. —Sabía que la nave espacial vendría a investigar. En la preparación había ensartado una parte de mi línea del monofilamento entre dos de las copas más altas de los árboles. Una nave espacial lo golpeó.

Parck asintió. Y a tan baja altitud, claro está, el piloto no habría tenido tiempo suficiente para recobrarse del repentino impacto. —No le habría servido de nada capturar el caza TIE intacto, ya sabe —le dijo al alienígena—. No están equipados con hiperpropulsores.

—No esperaba que la nave sobreviviera —dijo Mitth'raw'nuruodo—. Quería el equipo del piloto. Y su comunicador.

—Pero usted no cogió el comunicador —objetó Barris—. Inspeccionamos en el lugar y estaba todavía allí.

—No —dijo Mitth'raw'nuruodo—. Lo que estaba allí era el comunicador del primer piloto.

Parck sonrió a pesar de sí mismo. Tan simple, y aún así tan ingenioso. —Así que cambió los comunicadores. De ese modo, cuando finalmente descubrimos que el primero había desaparecido y lo sacamos del circuito, usted todavía tenía uno que funcionaba. Muy ingenioso.

—Muy simple —contestó Mitth'raw'nuruodo.

—Así que mató un piloto TIE por su comunicador —dijo Barris severamente. Claramente, no estaba tan impresionado por la inventiva del alienígena como lo estaba Parck—. ¿Por qué continuó matando a mis hombres? ¿Para divertirse?

—No —dijo Mitth'raw'nuruodo gravemente—. Para que viniesen los soldados con armadura completa.

—¿Completa? —dijo Barris—. ¿Los soldados de asalto? ¿quería que viniesen soldados de asalto?

—Sus soldados llevaban cascos —dijo el alienígena, trazando un borde imaginario alrededor de su frente—. No era bueno para mí. —Puso una mano sobre su cara—. Necesitaba una armadura que cubriese mi cara.

—Por supuesto —Parck inclinó la cabeza—. Esa era la única forma de que entrara en el campamento sin ser descubierto.

—Sí —asintió Mitth'raw'nuruodo—. Usé primero un explosivo en uno, así que tendría un set de

armadura para estudiar-

—Un momento —interrumpió Barris—. ¿Cómo hizo eso sin que nadie oyese la explosión?

—Ocurrió al mismo tiempo que empecé el bloqueo de comunicaciones —dijo el alienígena—. Por supuesto que nadie lo oyó.

— ¿Lo que consiguió usando el comunicador que cogió prestado? —sugirió Parck.

—Sí —dijo Mitth'raw'nuruodo—. Estudié la armadura y encontré la manera de matar al soldado sin daño notable. Hice eso, entonces entré andando en el campamento y subí en la nave grande. Nadie había subido aun. Con pequeñas ramas que había traído coloqué la armadura en posición vertical fuera de la entrada, con un explosivo adentro para destruirla.

—Para que no nos diésemos cuenta de que realmente habían desaparecido dos soldados de asalto —asintió Parck una vez más—. De nuevo, ingenioso. Finalmente, entonces, ¿dónde se escondió durante el viaje?

—Dentro de la carcasa del generador secundario de energía —le dijo Mitth'raw'nuruodo—. Está casi vacío- lo he estado usando por partes para mantener el primero funcionando.—

Parck levantó una ceja. —Lo que implica que ha estado aquí desde hace tiempo. Puedo ver porqué quería marcharse tan desesperadamente.

Mitth'raw'nuruodo se irguió en toda su estatura. —No estaba desesperado. Es necesario que regrese con mi pueblo.

— ¿Por qué? —preguntó Parck.

Otra vez, el alienígena pareció estudiarle. —Porque están en peligro —le dijo por fin—. Hay muchos peligros en la galaxia.

— ¿Incluyéndonos? —gruñó Barris.

El alienígena no se sobresaltó. —Sí.

— ¿Y cómo ayudaría a proteger a su gente de estos peligros? —dijo Parck, lanzando una mirada molesta a Barris.

—No aceptan el concepto de- no sé la palabra. Un ataque hecho contra un enemigo antes de él ataque.

—Un ataque preventivo —ayudó Parck.

—Un ataque preventivo —Mitth'raw'nuruodo repetido—. Sólo yo entre los líderes de nuestros guerreros acepto este concepto como parte de las reglas correctas de la guerra.

Así que había sido un líder guerrero, entonces. Obvio, ahora, realmente. — ¿Y piensa que ahora puede persuadir a su pueblo de que acepte este concepto?

—No tengo intención de intentarlo —dijo Mitth'raw'nuruodo serenamente—. No necesito su permiso para luchar en su representación.

— ¿Qué, todo por sí mismo? —dijo Barris, su voz era mitad incredulidad, mitad burla.

Mitth'raw'nuruodo le miró, y Parck pensó que podía detectar una nota de desprecio en la cara del alienígena. —Si es necesario.

—Ese muy valiente —Parck dijo—. También muy tonto. Y potencialmente muy derrochador.

— ¿Usted tiene alguna alternativa? —rebatía el alienígena.

Parck sonrió ligeramente. —Sigue estudiándonos, ¿verdad? —preguntó—. Incluso ahora, como nuestro prisionero, con pocas esperanzas de escapar, nos estudia.

—Por supuesto —dijo el alienígena. —Usted mismo lo dijo: son peligros en potencia.

—Cierto —dijo Parck—. Por otra parte, ¿qué mejor manera de neutralizar un peligro potencial que desde el interior?

Por el rabillo de su ojo vio la boca de Barris abrirse. — ¿Capitán, qué está sugiriendo?

—Le ofrezco a Mitth'raw'nuruodo la oportunidad de una posición dentro del Flota, Coronel — dijo Parck, mirando la cara del alienígena estrechamente. No había sorpresa en ella, ningún cambio de expresión en absoluto. Quizá estaba demasiado conmocionado para reaccionar. Aunque más probablemente ya había anticipado la oferta. Quizá deliberadamente había manipulado la conversación en esa dirección—. El Emperador Palpatine tiene muchos enemigos —continuó Parck—. La proliferación de grupos de resistencia así lo indica. Un líder guerrero de las habilidades de Mitth'raw'nuruodo sería un activo valioso para nosotros.

—Pero él es un- —Barris interrumpió su frase con un siseo.

— ¿Un alienígena? —terminó Parck por él—. Sí, lo es. Pero algunas veces eso no significa nada.

—Significa algo con Palpatine —Barris dijo severamente.

—No siempre —Parck levantó sus cejas ligeramente—. Estoy dispuesto a correr ese riesgo, Mitth'raw'nuruodo. ¿Qué opina?

—El beneficio para usted está claro —dijo Mitth'raw'nuruodo—. ¿Cuál sería el beneficio para mí?

—Acceso a los archivos de la Flota de alienígenas aquí en el Borde Exterior, en primer lugar — dijo Parck—. Una oportunidad para usar sus habilidades buscando y neutralizando amenazas para su gente que podrían existir dentro de los confines del Imperio.

Se encogió de hombros. — ¿Y quién sabe? Quizá el Emperador estaría dispuesto a devolverle aquí con una fuerza lo suficientemente fuerte como para neutralizar esas otras amenazas para su gente que mencionó. Después de todo, una amenaza para su gente también sería una amenaza potencial para el Imperio.

Los ojos de Mitth'raw'nuruodo se fijaron un momento en Barris. — ¿Y si no soy aceptable para su gente?

—Entonces le doy mi palabra de honor de que le llevaré donde quiera que desee ir, —dijo Parck.

—Señor, sugiero encarecidamente que lo reconsidere —dijo Barris, su voz suave pero urgente—. El Emperador nunca aceptará esto- esta criatura.

Parck sonrió para sí mismo. No, el Emperador en general no tenía mucha estima a los no humanos... pero había una red de excepciones secretas. Como los alienígenas que Darth Vader había descubierto en un mundo arruinado y reclutado para el servicio privado de Palpatine. El comandante de la nave de Vader en esa misión -un primo de Parck y un rival en el Academia- había sido promocionado a Vicealmirante por su parte en ese encuentro.

Tal vez Parck finalmente había encontrado la manera de igualarle. O incluso sobrepasarlo. —¿Tenemos un trato?

—Vale la pena correr el riesgo —dijo Mitth'raw'nuruodo—. Hablaré con su Emperador.

Parck sonrió, un sentimiento cálido de satisfacción fluía a través de él. Tendría su premio ahora, de acuerdo. Un premio mucho mejor que el trivial y totalmente insignificante contrabandista que seguía escondiéndose en el planeta. —Excelente —dijo—. Nos vamos de una vez. Una advertencia, sin embargo: casi seguro va a tener que cambiar su nombre. 'Mitth'raw'nuruodo' es demasiado difícil de pronunciar para la mayoría de los oficiales de la Flota.

—Por supuesto —dijo el alienígena, sonriendo. Miró a Barris, su ojos rojos encendidos- como Barris había señalado, tan reminiscentes como los de un Jawa- brillando intensamente en el contraste profundo de la oscuridad de su piel azul y el pelo azul negruzco. —Quizá mi nombre central sería más fácil para la mayoría de los oficiales de la Flota. Llámenme Thrawn.

—Thrawn entonces —asintió Parck—. Y ahora, quizá me acompañe al puente. Su orientación Imperial puede comenzar ahora.

Desde la boca de la cueva, Llollulion trino urgentemente. —¿De qué estás hablando? —demandó Terrik, poniéndose a su lado—. No van a rendirse ahora.

El Borloviano trino otra vez, entregando los macrobinoculars. Refunfuñando bajo su respiración, Terrik los colocó contra sus ojos y miró con atención hacia arriba.

Justo a tiempo de ver el Destructor Estelar parpadear con pseudomoción mientras saltaba a la velocidad de la luz...

—Bien, así era —refunfuñó, bajando los macrobinoculars con incredulidad. Un pensamiento repentino le golpeó, y los levantó otra vez, registrando el cielo de horizonte a horizonte. Pero no había otras naves a la vista que podrían haber llegado a continuar la búsqueda. A menos que estuvieran al acecho al otro lado del planeta.

Terrik sonrió abiertamente. Si se escondían a la espera alrededor del horizonte esperando sorprenderle, iban a llevarse una sorpresa desagradable. El Starwayman podría estar viejo y maltratado, pero dándole una ventaja delantera decente podría dejar atrás cualquier cosa que hubiese allí afuera. —Enciende los convertidores —le ordenó a Llollulion—. Salimos de aquí.

El Borloviano trinoó en reconocimiento y maniobró en la cueva. Terrik hizo una última comprobación del cielo; y entonces, casi de mala gana, se encontró mirando a través del bosque hacia donde el campamento había estado.

¿Podía haber sido algo acerca de ese lugar, la razón de que el Destructor Estelar se hubiera marchado tan repentinamente? Terrik no podría imaginar cómo o por qué eso podía ocurrir, pero la conexión parecía inevitable.

Aun así, apenas tuvo importancia. Terrik tenía un cargamento que entregar, y por lo que fuera ahora tenía el camino despejado para hacerlo. Y lo que hubiese ocurrido allí afuera... Dando vueltas a los macrobinoculares alrededor de su cuello, se volvió y se dirigió hacia la cueva. Pasase lo que pasase allí afuera, ciertamente no tenía nada que ver con él.